

2 vidas se encuentran en la oscuridad

Elite.

A un lado de la Avenida Nueva Granada,* como asustado por el tráfico que ha irrumpido en este apacible retiro, el Instituto Venezolano de Ciegos sigue en su labro sufrida y callada de alumbrar la vida de estos desheredados de la luz que se han acogido a su regazo...

El sábado fué un día de gran fiesta para los cieguitos. Carros parados en el descuidado callejón que da acceso al edificio. En la puerta de entrada, algunos ciegos están en la frontera de su reducido mundo con cierta rigidez impuesta por las ropas domingueras y de grandes solemnidades. Algunos grupos conversan en voz baja, como si la ceguera pusiera sordina a su voz y a su entusiasmo... Porque ese desusado ajeteo del Instituto sale de dentro, de esa actitud de colaboración propia de los que viven al amparo de la caridad ajena. Ristras de niños endomingados que se agarran de la mano andan tanteando por los corredores en su afán de hacerse útiles. Un grupo de jóvenes cuchichea en un rincón: la boda de dos compañeros de infortunio es toda una promesa para sus proyectos de felicidad. Los Directores del Instituto y sus beneméritos sostenedores reciben la recompensa de la felicidad que reporta contemplar aquella que vive en sus protegidos y están atareados en recibir y atender al gran número de visitantes [?] al nuevo hogar al hacerse útiles. Desde un lujoso aparato de radio hasta un peine, los donantes han previsto un sinnúmero de pequeñas necesidades caseras para hacer un regalo útil a los recién casados. Yo me fijé en una pila de botes que iban disminuyendo proporcionalmente de tamaño hasta alcanzar una altura que hacía temer por su estabilidad. No era el más costoso, pero era el más grande, y acaso el más meritorio: en la tarjetita que habían prendido al lote decía: "Los alumnos del Instituto Nacional de Ciegos". Quise imaginarme a los cieguitos organizando su colecta, centavo a centavo, con la esperanza de ofrecer una sorpresa a sus maestros y pensé que aquello acaso merecía además un pedestal... Algunas tarjetas de regalo estaban escritas en "Braille", serían las únicas que los ciegos pudieron leer... Pero habrán tenido también noticia de las demás como la tuvieron de los cables recibidos. Cuando llegamos al Instituto Erasmo Jiménez, el novio, profesor del Instituto de Ciegos, tiene entre manos el lote de telegramas que acaban de leerle: Nenchew le sorprende con el "flash" cuando parece entretenido en repetir mentalmente los deseos de ventura y felicidad que le dirigen de muchas partes de la República. Algunos vienen dirigidos a "los esposos", otros, más cautos han dirigido el mensaje a "Erasmo Jiménez y Ana [?] participado estos días de la alegría de este enlace y todos conocen de nombre a los contrayentes.

Faltan unos minutos para la ceremonia. Ana Luisa Santana está aún en su habitación atendida por numerosas amigas que se afanan en arreglarle su primoroso vestido de novia. Ella no puede mirarse al espejo, pero oye exclamaciones de asombro en

* Arazo teknikoengatik, idazlan hau ez dago osorik. Hutsuneen lekuan '[?]' adierazpidea erabili dugu.

su derredor: todas hablan de la belleza de su traje y ella sospecha que es así. "Está como una muñeca", "es precioso", "es la novia mejor vestida que he visto en Caracas"... Y Ana Luisa sostiene nerviosamente el ramo de flores esperando que le avisen para dirigirse a la capillita que se ha improvisado en una habitación del Instituto.

Una ceremonia sencilla y emocionante. Después de la última bendición del Padre Maguregui, Párroco de Prado de María que ofició en la ceremonia, la Banda de Música del Instituto interpretó una marcha nupcial que la pareja seguramente no olvidará nunca. Una corriente de simpatía corrió entre los concurrentes al escuchar aquellos emocionados compases que los compañeros en desgracia dedicaban con empeño a los recién casados. Una anciana secó una lágrima como avergonzada de su debilidad y otros lo hubieran hecho, de poder ver esa otra que constituye el respeto humano. [?]